

Sexualidad: imperativo del comportamiento

Xabier Lizarraga Cruchaga
 Dirección de Antropología Física,
 Instituto Nacional de Antropología e Historia

Resumen

En este texto se analiza la "sexualidad" como idea y parte del lenguaje; como se piensa y aborda desde la biología, que se concentra en sus cualidades biológicas para la reproducción, hasta la antropología del comportamiento, que la analiza como un imperativo comportamental. Como fenómeno comportamental se significa a nivel evolutivo, histórico y biográfico, y entrelaza características biológicas con artificios, dando por resultado un complejo fenómeno con múltiples expresiones.

Palabras clave: sexualidad, imperativo comportamental, lenguaje, evolución, reproducción, historia, cultura.

Abstract

In this text, we approach sexuality as an idea and a part of language, as it is thought and approached to from biology, that focuses on its biological qualities for reproduction, to anthropology of behavior, that analyzes it as a behavioral imperative. As a behavioral phenomenon it is signified in an evolutive, historical and biographical level and it weaves biological features together with artifices leading to a complex phenomenon with multiple expressions.

Keywords: sexuality, behavioral imperative, language, evolution, reproduction, history, culture.

Introducción

[...] la voluntad de seducción privilegia el vínculo más que la separación, la atracción apasionada más que el mutismo hostil, el discurso oblicuo sobre la simplicidad; supone por último que la desdicha de ser tratado como objeto sexual no es nada comparada con la desdicha de no ser deseado en absoluto.

PASCAL BRUCKNER, *La tentación de la inocencia* (2002)

El primate *sapiens* es un animal que se ve remodelado por las palabras, un animal que primero nombra y luego piensa sobre lo nombrado, porque si las cosas no son llamadas a formar parte de nuestro lenguaje, no existen para nosotros o se intuyen sólo de forma nebulosa, como parte indefinida de algo mayor, pero que no acabamos de detallar ni comprender; para comprender, tenemos que pensar mediante el lenguaje, aunque éste requiera constantemente de nuevos términos, nuevas palabras con las que configurar, no la realidad, sino "nuestra realidad", el mundo que experimentamos. Al respecto, Heinz von Foerster (1995: 100) apunta: "El lenguaje y la realidad están íntimamente conectados, por supuesto. Suele sostenerse que el lenguaje es la representación del mundo. Yo más bien querría sugerir lo contrario: que el mundo es una imagen del lenguaje. El lenguaje viene primero, el mundo es una consecuencia de él".

Por su parte, Jorge Wagensber (2015: 21) escribe que "sin lenguaje se puede pensar, pero no se puede comprender"; es decir, que a la mente le resulta muy difícil dejar de producir pensamientos, pero pensar no siempre significa comprender. Es primordial nombrar las cosas para guiar lo que pensamos de ellas, pero también requerimos precisar qué es lo que queremos decir con aquellas palabras que usamos.

En los siglos previos al XIX ningún estudioso habló de la sexualidad; la palabra que convierte al fenómeno en algo concreto y pensable no había sido acuñada; de siempre la gente ha tenido relaciones de tipo sexual, interacciones eróticas, copulatorias o no, persiguiendo diferentes objetivos o movida por una diversidad de intenciones, por lo que los sabios hablaron de tales conductas y declararon si eran o no aceptables, recomendables, pero hablar de "sexualidad" vino mucho más tarde, en el convulso siglo XIX, cuando se acuñó la palabra; y entonces no sólo interesó, sino que obsesionó averiguar qué hacían los individuos, si lo hacían solos o con alguien. ¿Cómo lo hacían, cuándo y cuánto? ¿Por qué...? Se plantearon, así, infinidad de preguntas para intentar escudriñar y comprender, preguntas que hacían evidente una serie de preocupaciones, que reflejaban la ansiedad que las conductas sexuales han producido siempre: ¿Es natural eso que hacen? ¿Son sanas esas conductas? ¿Qué origina el deseo o la necesidad de hacer esas cosas? ¿Qué consecuencias sociales o psicológicas tienen tales actividades...? ¿Hacen algo así los animales...? En la era victoriana la sexualidad se convirtió en obsesivo protagonista en textos y obras de arte, y también en los discursos clínicos y legales, con un coro de no pocos miedos cultivados desde hacía siglos por el discurso religioso.

Las palabras —nociones y términos— nos permiten delinear nuestro universo conceptual; nos son imprescindibles para ordenar, clasificar y analizar, pero a veces tienden a desdibujar la realidad porque devienen polisémicas y crean confusión, entorpecen nuestro comprender; por lo mismo, si queremos comprender a cabalidad, además de palabras requerimos disciplina al utilizarlas. Hoy en día reconocemos la sexualidad como fenómeno, y resulta que es más complejo de lo que a muchos les

gusta imaginar; desborda por todos los puntos cardinales los límites que le pretenden imponer las normas legales y los códigos de etiqueta, y descubrimos que las conductas sexuales no son un resultado necesario de las etiologías que queremos endilgarles. Es más que evidente que la sexualidad tiene que ver con la reproducción, pero no nos queda más remedio que aceptar que está menos limitada a ella de lo que se piensa; al respecto, Lynn Margulis y Dorion Sagan recuerdan que:

Nuestra existencia biológicamente restringida como seres que se reproducen sexualmente no significa, por ejemplo, que el sexo copulatorio, genital, sea el único existente, o que el sexo esté necesariamente ligado a la reproducción. De hecho, la mayor parte de los miembros de cuatro de los cinco reinos de seres vivos no requiere del sexo para su reproducción [Margulis y Sagan, 1998: 17].

La sexualidad del animal humano, por lo tanto, cabe pensarla e imaginarla, concebirla y definirla de numerosas formas, porque es una realidad dinámica, un fenómeno sorprendente y cambiante, y en cada uno de nosotros varían constantemente sus expresiones, quizá incluso a cada instante: nunca somos el mismo amante excitado, porque no somos un único y rígido sujeto sexual... Mamá nos ve de forma muy distinta a como nos ve la beata del barrio, el policía que vigila aburrido en una esquina y aquel hombre o aquella mujer que miramos con un deseo brillando en nuestras pupilas.

Desde la perspectiva de la antropología del comportamiento, pensamos la sexualidad como un imperativo, porque la evolución y los genes imprimen en los individuos de toda especie sexuada la necesidad imperiosa de establecer vínculos, tanto vínculos entre órganos y sustancias como entre los individuos; incluso en aquellas especies en que, al ser sexuadas, no se reproducen sexualmente... como las lagartijas cola de látigo (Luciano, 2012). Llegan también a darse muy variados y sorprendentes vínculos sexuales entre especies, lo cual puede derivar en descendencias híbridas interesantes, casi siempre estériles, como las "mulas", los "cebrillos" y los "tigrones", pero otras veces las crías resultan fértiles, como es el caso de los "balfines", los "camas" y los "ligres".¹

Cabe apuntar, a modo de curiosidad paleoantropológica, que también en nuestra especie se produjeron híbridos fértiles entre cromañones y neandertales, así como entre poblaciones *sapiens* de Asia y homínidos denisovanos, y que tales vínculos no debieron ser escasos, porque entre 2 y 4% de sus genes aún están presentes entre nosotros... O definimos con claridad el concepto "especie" o nos asumimos productos de una interesante zoofilia. Hay que reconocer que, para sobrevivir como

¹ "Belfines", crías de orca negra macho y hembra delfín botella; "camas", crías de camello macho y hembra llama, y "ligres", crías de león y tigresa.

especie y como grupos sociales, al animal humano le resulta imprescindible una sexualidad reproductiva, pero también que sea plástica y flexible, abierta a la innovación, al experimento y al descubrimiento, una sexualidad que posibilita numerosos y variados actos de vinculación. El sexo y sus resonancias obligan a pensar en vínculos y distanciamientos, porque la capacidad de establecer vínculos y la sexualidad son inseparables; incluso la masturbación supone un fuerte y gozoso vínculo entre el "yo-sujeto" y "el cuerpo material" de ese "yo".

Nuestra sexualidad desbordará siempre las clasificaciones que de ella hagamos, porque no es un fenómeno unívoco ni previsible, sino plurívoco y polisémico: bio-psico-socio-cultural. Cada conducta sexual, deseo erótico, incluso cada emoción romántica son piezas de un amplio y cambiante rompecabezas sin diseño predeterminado, un rompecabezas que carece de una esencia particular e inevitable y sin una única motivación o intención. Por lo tanto, es un craso error limitar, centrar o focalizar la noción de "sexualidad" a la genitalidad, confinarla a estereotipos conductuales o reducirla a lo gonadal y genésico; tales visiones implican desconocer las muchas posibilidades del ser y estar de los individuos, y suponen no comprender la importancia de la evolución en el largo recorrido de lo sexual desde las primeras células —en las que prácticamente era sólo fisiología— hasta los cuerpos sociales —en los que es mucho más que un mero intercambio de material genético—. Asociar sexualidad con reproducción o con un deber ser social es una manera cómoda de abordar el estudio de la sexualidad, pero resulta limitada y limitante, porque deja fuera gran parte de lo que significa, incluso como función biológica.

Podemos reflexionar y estudiar la sexualidad desde numerosos ángulos de aproximación, unos de corte disciplinar, como la biología, la bioquímica y la sociología, la psicología, la terapéutica, el derecho y la filosofía, la antropología, la historia y la economía, e intentar consolidar una disciplina a la que hemos dado en llamar "sexología" —término acuñado por Elizabeth Osgood Goodrich Willard en 1867, al plantearla como una filosofía de la vida, con implicación social y de gobierno—. También podemos pensar la sexualidad, analizarla y significarla a través de las artes y la publicidad, de la industria, la tecnología y la mercadotecnia, de las leyes, la política y los credos religiosos... Y todo esto nos obliga, entre otras cosas, a reconocer que hay muy poco en la vida humana que resulte ajeno o distante a la sexualidad.

Para pensar con rigor disciplinar la sexualidad, es necesario reconocer que en cada uno de nosotros se ve mediada y matizada por prácticamente todo lo que nos rodea, que es susceptible de numerosas y a veces hasta contradictorias influencias. La sexualidad incide en la economía y en las liturgias, en rituales y ceremonias, tanto en las políticas de Estado como en las lógicas y dinámicas domésticas; está permanentemente presente y la podemos detectar en las más triviales y frívolas concepciones de la moda y sus implementos, en el consumo en general, tanto como en los

haceres académicos. La sexualidad del primate *sapiens* requiere de ropajes y recetas médicas, obliga a regulaciones civiles y penales, supone exploraciones, descubrimientos, aprendizajes y experimentación: nuestra sexualidad es voraz; es desmesurada y es paradójica, como el animal humano mismo. En tanto que imperativo comportamental, resulta necesario pensar la sexualidad como un universo de movimientos, acciones, actitudes, respuestas y conductas prácticamente ilimitado, cuyos matices y filigranas escapan a nuestra capacidad de predecir y más aún a nuestra obsesión por calificar de buena o mala, de sana o enferma, de natural o antinatural una práctica erótica, una actividad sexual o una identidad sexogenérica. Recordemos, con humildad, aquello que al parecer dijo Alfred Kinsey: "Sólo es antinatural aquello que es irrealizable".²

La sexualidad del animal humano siempre nos producirá asombros y preguntas, y como estudiosos únicamente somos capaces de explorar y describir unas cuantas características, algunos rasgos, ciertos procesos, y agrupar todo esto en incisos, en capítulos, en categorías, intentando un orden que nos permita comprenderla mejor; somos capaces incluso de descubrir patrones, regularidades que nos sirven como puntos de referencia para adentrarnos en el tema, pero no podemos abarcarla en su totalidad. Por más que hagamos, descubramos y busquemos, siempre nos mantendremos muy lejos de poner un punto final a las preguntas y siempre tendremos que movernos por los ignotos caminos de unos interminables puntos suspensivos.

Por todo lo anterior, es crucial reconocer que pese a la manera en que pensemos y para qué pensamos, la sexualidad delinearé las rutas hacia el conocimiento que emprendamos y limitará nuestros alcances. Algunos investigadores centran su atención en una época, periodo histórico o momento biográfico, en una sociedad, grupo o sector poblacional, en una tradición sociocultural o incluso en un sexo o un sexo-género en particular, casi siempre tomando como referente normativo al macho heterosexual, adulto y "occidental" de la especie, para a partir de ahí ir buscando "rarezas" en aquellos grupos sociales que son tenidos por "exóticos", "raros", "inadaptados" o "enfermos". Otros enfocan su trabajo en el papel que juegan las hormonas, los genes o la actividad cerebral en las conductas y los deseos, reduciendo el tema a lo meramente biológico, sin voltear a ver a los sujetos sociales, insensibles también al ambiente en que los individuos se expresan.

No pocos investigadores de la sexualidad humana se muestran indiferentes a los múltiples significados que tienen las caricias o los miedos; no toman en cuenta las presiones sociales o sólo se ocupan en registrar características muy generales del entorno familiar, sin pensar en el más amplio de la cultura, en el efecto que tienen instituciones tales como la Iglesia, la escuela, la ley, el hospital, etcétera. Unas investigaciones se interesan por las anécdotas, mientras que otras las desprecian; los hay

² Comunicación personal, en 1979, de Paul Gebhard, colaborador de Alfred Kinsey.

quienes piensan que comprenden las realidades sexuales si se concentran en casuísticas, en la significancia estadística, en porcentajes, en desviaciones estándar y percentiles, mientras que otros prefieren no pensar en mediciones y cálculos matemáticos, sino en la ilicitud o legalidad de las conductas, en la virtud o lo pecaminoso de los deseos, en la inequidad social, política y jurídica entre los sexo-géneros o en las singularidades identitarias y políticas de las preferencias sexo-eróticas.³ No pocos optan por hacer comparaciones etnográficas y, desde hace décadas, hay quienes consideran prioritario el estudio del papel que juegan los encuentros sexuales en términos de salud, de epidemias como el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (sida) o las muchas infecciones de transmisión sexual (ITS) hoy catalogadas en manuales y libros de texto. Algunos se preocupan por la presencia que tiene lo sexual — así, en abstracto — en los *mass media*, en las artes o en la publicidad... Y así sucesivamente, porque para investigar o enseñar sólo hace falta pensar en algo, formular las preguntas adecuadas, encontrar la teoría idónea y aplicar un método avalado por el Sistema; sólo es cuestión de elegir bien, y aun así las probabilidades de éxito son inciertas.

Finalmente, los éxitos de hoy pueden desvanecerse mañana. Sin embargo, reconozcámoslo, no están de más las numerosas formas que se han propuesto para conocer y comprender la sexualidad, porque la del primate *sapiens* es política y polimórfica como la misma especie; ningún saber académico conseguirá abarcarla por completo y, salvo en casos de errores metodológicos inaceptables o de descubrimientos sorprendentes que arrasen con los más sólidos paradigmas, ninguna investigación conseguirá desmentir totalmente a las otras, ninguna academia resulta más importante que otra, porque, todo lo más, sólo puede acompañarse o intentar hacerse sombra.

Sin embargo, pensar la sexualidad en clave académica, disciplinar, científica si se quiere, exige reconocer que todo tipo de abordaje y todo análisis está inevitablemente mediado — incluso muchas veces condicionado — por aquellas concepciones que se tienen de las cosas y por los términos que se utilizan, así como por las emociones y sensaciones de quienes investigan o tratan con los individuos en la consulta o en la docencia. Ahora bien, dependiendo del nivel de análisis que se pretenda, el profesionalista se ve obligado a apuntalar su hacer con numerosas tecnologías, lo cual nos obliga a ser conscientes de que no todas sirven para el estudio y la comprensión de los diversos fenómenos que nos preocupan, interesan o inquietan; algunas incluso estorban, y la propia mirada disciplinar puede terminar por desviar el estudio o sesgar las conclusiones. Casi toda perspectiva ofrece elementos y argumentos para apuntalar ciertas creencias o para minar los cimientos de otras, para

³ Léase aquellas formas y modalidades de ejercer o buscar realizarse no sólo como individuo sexual, sino como sujeto erótico; *vgr.* zoofilia, gerontofilia, paidofilia, necrofilia, tribofilia, iconofilia, alterofilia, escatofilia... travestismos, sadismos, masoquismos y un largo etcétera tan amplio y flexible como la imaginación misma.

profundizar en un aspecto o invalidar afirmaciones planteadas desde otros ámbitos académicos: a través de la genética se buscan ciertas explicaciones y desde la fisiología otras; a la filosofía lo que interesa no necesariamente se corresponde con lo que motiva a la psiquiatría o a la sociología... Y si una disciplina desmiente las verdades que otra sostiene, ¿cuál está en lo correcto y cuál en la línea equivocada? Probablemente ninguna tiene total razón ni ninguna yerra del todo, porque la contradicción está en la especie *sapiens* misma, en su comportamiento plástico y adaptativo, biológico y emocional, social, cultural, histórico... Contextual.

Para abordar la sexualidad es necesario reconocer que el comportamiento es un interminable laberinto de laberintos, por lo que se requiere penetrar en él sin premisas inamovibles, sin dogmas, más abiertos a encontrar que obsesionados por buscar; buscar para encontrar lo que ya sabemos que hay es perder el tiempo; necesitamos comprometernos a encontrar lo que hay, no lo que buscamos porque queremos que esté ahí. Si me planteo encontrar las bases biológicas, genéticas o endocrinológicas de un tipo de comportamiento, de un tipo de deseo sexual, sólo buscaré elementos biológicos —genes u hormonas—, y de seguro encontraré algo que me haga paladear el triunfo antes de tiempo o sin merecerlo; sin embargo, que tales elementos estén presentes no me asegura que en verdad descubrí la etiología de los comportamientos o deseos que me inquietan. ¿Realmente podemos pensar que los resultados obtenidos son “la causa” de un tipo de conducta cuando sólo están presentes en un alto porcentaje pero no en todos los casos? Ante tal pregunta, quizá sea necesario no pretender soluciones ni conclusiones definitivas, sino posibilidades de explicación de una parte de aquello que nos mueve a preguntar.

Para ir con paso un poco más seguro, hay que aventurarse a buscar también por tantos ángulos de aproximación como podamos, a fin de encontrar incluso lo que no imaginamos que juega algún papel en aquello que nos inquieta; siempre explorar, buscar, indagar y preguntar, sin aspirar a alcanzar certezas incuestionables. Las preguntas de investigación y las propuestas terapéuticas nacen de intuiciones, de creencias, de sospechas, pero es necesario arriesgarse a explorar más allá de lo aparente y de lo que se cree; tenemos que dominar miedos aprendidos, superar prejuicios y dogmas, y atrevernos a buscar diferencias en el denso conglomerado de coincidencias, para conseguir descubrir coincidencias en el amplísimo panorama de las diferencias. Si pensamos la sexualidad como un complejo laberinto de deseos y actitudes, de situaciones y fisiologías, de inquietudes, anatomías, aprendizajes, de conductas, identidades, emociones y de otros muchos elementos, es importante y necesario arriesgarnos a conocer de cerca a los monstruos o dioses que nos saldrán a la vuelta de cualquier recodo, en tanto que tales dioses y monstruos son las atracciones y preferencias, las apetencias, disfunciones y obsesiones, los erotismos, padecimientos, embarazos y fracasos, las vergüenzas, culpas, alegrías e ilusiones de los seres sexuales; son lo que emociona y que, no pocas veces, compromete a

instituciones, normas, regulaciones y dictados, que nos mueven o paralizan, que contextualizan toda realidad comportamental del animal humano.

Quienes investigamos o de cualquier otra forma penetramos en la sexualidad de otros nos exponemos a respirar y descubrir cosas que probablemente no nos gusten, que nos asusten o que ni siquiera sospechábamos que podríamos encontrar; nos enfrentaremos a emociones, intenciones y fantasías que quizá no seamos capaces de comprender, por lo que nos veremos obligados a masticar dudas, a rumiar traumas y a reconocer aquellas injusticias que otros viven cotidianamente; necesitaremos tiempo para digerir y asimilar, para vomitar indigestos códigos, enfrentarnos a nuestros personales pecados, tratar incluso con enfermedades y delitos. Pensar en la sexualidad obliga a reconocer que los seres sexuados muchas veces se ven atenazados y tienen temor a ser diagnosticados y sentenciados, a que se les atribuyan numerosos vicios privados y muy contadas virtudes públicas, incluso por quienes decimos querer comprender la sexualidad; podremos, consecuentemente, sentirnos perdidos en un océano de contradicciones afectivas que distorsiona la imagen que tenemos de nosotros mismos, como ellos ven distorsionada esa imagen que, cada mañana, ven en el espejo.

No debemos olvidar que toda descripción y toda conclusión que se hace, por más objetiva y solidaria que se pretenda, puede convertirse con facilidad en diagnóstico, y que todo diagnóstico puede transformarse peligrosamente en dogma que impone juicios, que dicta sentencias en términos clínicos o en clave moral, sentencias y condenas ideológicas, económicas, políticas e incluso mitológicas. Es necesario reconocer, por otra parte, que en nuestro hacer siempre habrá resquicios metodológicos, brumas ideológicas, grietas emocionales y dudas epistémicas por las que huyen o se escurren detalles importantes, por lo que debemos mantenernos a la expectativa. Tendremos que arriesgar interpretaciones, pero llamándonos siempre a actuar con cautela, pues todo lo que digamos quizá no sea utilizado en nuestra contra —en tanto que investigadores, clínicos o docentes—, pero sí puede resultar lapidario para otros.

El imperativo comportamental de la sexualidad abre posibilidades biográficas e históricas al ser y al sentir de los individuos; genera realidades difíciles de aprehender y comprender en su totalidad. En toda experiencia sexual —erótica o no— subyacen trazos de numerosas historias entrelazadas con otras historias, todas ellas mediadas por emociones y controles, atravesadas por las tecnologías y los sistemas de vigilancia, más en los tiempos que ahora corren en nuestros países. No pocas veces nuestras sexualidades son confrontadas con las del vecino, así como se ven permanentemente moldeadas, constreñidas o avaladas por discursos que nos resultan ajenos; discursos impregnados de compromisos ideológicos, sexopolíticos y culturales, emocionales y económicos. Somos animales sexuales que aprendemos a vivir, a expresarnos y a defendernos en contextos particulares porque

nuestros genes, nuestras hormonas y nuestras sinapsis nos abren numerosas puertas y nos muestran amplios horizontes de posibilidad, aunque no sean capaces de diseñar a detalle estrategias de supervivencia ni pavimentar los caminos por los que andamos.

El laberinto de la sexualidad del animal humano nunca termina, por lo que *el estudio de las sexualidades desafía toda arquitectura académica simplista y rígida, toda episteme dogmática y focalizada en una única perspectiva...* Con nuevas tecnologías, como la resonancia magnética, hoy podemos detectar e incluso medir que “algo ocurre” en nuestro cerebro, pero no alcanzamos a conocer lo que realmente le ocurre al individuo; las emociones y sensaciones pueden inferirse, pero aún no es posible detallar matices y menos incluso calcular o predecir consecuencias o resonancias a nivel de los individuos, menos aun en términos de grupos o colectivos sociales (Frazzetto, 2014).

Asimismo, a través del desciframiento de códigos genéticos podemos reconocer proteínas que se significan como posibilidades de ser, pero no es posible predecir atracciones, intenciones, deseos, apetencias, disfrutes, erotismos; y no es posible porque todo esto también tiene relación con el complejo contexto de las lógicas de lo viviente y las lógicas de lo sintiente, con las experiencias vividas y con la imaginación, con los azares y los vínculos que se establecen o se rompen. Los avances tecnológicos nos permiten inferir posibles relaciones entre ciertas actividades neuronales y una interioridad emocional o pasional de los sujetos; y además, a partir de ciertos resultados, es difícil y arriesgado construir verdades aplicables a toda la especie, porque cada uno de nosotros se mueve a velocidades cambiantes y en un sinfín de direcciones y sentidos; cualquier posibilidad de certeza quedará siempre en suspenso, dado que los sucesos y las situaciones sólo lo son cuando ocurren, nunca antes, nunca después. La sexualidad, como todo comportamiento, escapa del rígido subjuntivo porque se realiza en el permanente y borroso gerundio, siempre en un “aquí” y un “ahora” que cambian de posición, tanto en los mapas geográficos como en los mentales. Las referencias y resonancias de la sexualidad se expanden no sólo por el tiempo y los espacios, sino también por insospechadas geografías de las emociones y sensaciones.

Es necesario pensar al animal humano en términos de su biología y sus emociones, pero siempre en clave social y cultural, y en perspectiva tanto evolutiva como histórica y biográfica. Nuestra sexualidad —así, en abstracto singular— sólo cabe pensarla como un complejo ingrediente vivencial y sintiente del fenómeno humano, un ingrediente que comenzó a germinar con la humanización de ciertos homínidos, cuando la interacción entre individuos alcanzó el nivel de coreografías grupales que se cruzaron, cuando las ideas y las palabras hicieron y rehicieron el mundo y cuando del primigenio uso de utensilios —presente en otras especies— se produjo el salto a una artificialidad cada vez más y más elaborada y no siempre pragmática.

El fenómeno humano se genera y renueva con la verbalización de las ideas, la fabricación y uso de instrumentos y herramientas, la creación de mitos y rituales, la institución de normas, reglamentos y ceremonias, la identificación y diferenciación de las semejanzas y las diferencias, en una dinámica de creaciones plásticas y estéticas que dan pie a diversos proyectos y estilos de vida...

Pensar la sexualidad requiere reconocer que toda mirada y toda pregunta depende de dónde está aquello que se quiere comprender y dónde se ubican quienes observan y preguntan, de las particulares perspectivas de análisis, de la dirección hacia donde se mira y la razón por la cual se mira, porque ninguno de nosotros ve de igual manera una misma cosa y, por más exacta o definida que parezca, toda perspectiva distorsiona. Los espejos son, por lo tanto, algo más que un símil; son un modelo representativo de lo inaccesible que es una realidad y lo improbable que resulta alcanzar verdades incuestionables, fijas, inmóviles: el "todo" que se refleja en un espejo depende de la posición y de los movimientos de quienes se paren frente a él.

Nuestros errores o equívocos parten muchas veces de cómo pensamos; con la mirada y las palabras construimos perfiles y calculamos causas y motivaciones, pero también arrastramos las emociones que nos mueven a aproximarnos o distanciarnos de un objeto de estudio, de una problemática o una realidad determinada. Como apunta Pascal Dibie (1999: 20): "[...] ver implica la aceptación mental de un objeto o de un fenómeno que hasta entonces uno no había sido capaz de distinguir. No obstante, no hay 'vidente' ni 'inventor' que esté aislado, porque uno no piensa solo, como tampoco es capaz de ver solo".⁴

Al establecer distancias con los individuos o las cosas cambiamos aquello que alcanzamos o nos permitimos ver, por lo que cambia su magnitud o la relevancia que le damos a un rasgo, a un detalle; todo cambia en función de la "ecología de la mirada". Lo cómodo y más fácil es responder a cualquier pregunta desde un mismo y único punto de partida, pero el alcance de la comprensión será entonces no sólo limitado, sino del todo sesgado. Desde la biología deberíamos ver más que los fragmentos de una biología y desde la historia más que una historia de corto alcance, y si el "problema a comprender" es la sexualidad, la primera opción nos permitirá acceder al conocimiento de muchas cosas sobre órganos y fisiologías, sobre genes, hormonas y posibilidades reproductivas, mientras que la segunda nos permitirá acceder a las vidas de mujeres y hombres, de fieles y herejes; sin embargo, una y otra perspectiva estarán lejos de aproximarnos a los más ignotos rincones de la sexualidad de los individuos.

Si lo que queremos es llegar a lo que le da significado, valor y sentido a la sexualidad, tenemos que reconocer que no sólo somos organismos biológicamente

⁴ Entrecorillados del autor.

sexuados, sino seres sexualizados en y por contextos sociohistóricos, culturales y emocionales; nos sexualizamos a través de discursos, emociones, instituciones y las miradas de los otros.

La sexualidad humana, a partir del siglo XIX y en el contexto histórico que hemos dado en llamar "de Occidente",⁵ no deriva únicamente en conocimientos; provoca percepciones subjetivas y significaciones que generan disímbolos discursos, los cuales dan pie a acuerdos y disensos, a tomas de posición emocionales e ideológicas, porque la sexualidad permea y media los intercambios entre individuos, siempre en términos de vínculos, porque son éstos los que hacen posible las interacciones, a través de los cuales se generan intercambios; porque es través de vínculos como se producen lo social y lo cultural, la apropiación y la entrega, el poder y la sumisión... Como bien señaló Michel Foucault al inicio de su primer tomo sobre la historia de la sexualidad y la voluntad de saber:

[...] se trata de determinar, en su funcionamiento y razones de ser, el régimen de poder-saber-placer que sostiene en nosotros al discurso sobre la sexualidad humana [...] el punto importante será saber en qué formas, a través de qué canales, desliziándose a lo largo de qué discursos llega el poder hasta las conductas más tenues y más individuales, qué caminos le permiten alcanzar las formas infrecuentes o apenas perceptibles del deseo, cómo infiltra y controla el placer cotidiano —todo ello con efectos que pueden ser de rechazo, de bloqueo, de descalificación, pero también de incitación, de intensificación, en suma: las "técnicas polimorfas del poder".⁶ De ahí, por último, que el punto importante no será determinar si esas producciones discursivas y esos efectos de poder conducen a formular la verdad del sexo o, por el contrario, mentiras destinadas a ocultarla [Foucault, 2009: 18-19].

Sin embargo, no sólo importa reconocer esas polimórficas técnicas del poder; también es necesario reflexionar y descubrir sobre qué, cómo y para qué o quién actúan las "verdades" que se formulan y cómo afectan tanto al sujeto biológico como al sujeto social y cultural, al sujeto emocional; cómo los vínculos alteran o promueven dinámicas de los cuerpos y cómo delinear, cómo construyen, destruyen o significan a los individuos... Imposible escapar de la biología, de la sociedad y de la cultura; todo lo más podemos manipularlo a través de ingeniosos y a veces arriesgados artificios, muchas veces mediante imposiciones disciplinarias de corte ideológico o clínico, legal o político, cuando no de todo ello simultáneamente.

Resumiendo: pensar la sexualidad es pensarnos a nosotros mismos y acariciarnos, pero con frecuencia también es maltratarnos unos a otros.

⁵ De tradiciones grecorromana/judeo-cristiana-islámica.

⁶ Entrecorillado del autor.

Referencias bibliográficas

- Bruckner, Pascal (2002), *La tentación de la inocencia*, Barcelona, Anagrama.
- Dibie, Pascal (1999), *La pasión de la mirada*, Barcelona, Seix Barral.
- Foerster, Heinz von (1995), "Visión y conocimiento: disfunciones de segundo orden", en Dora Fried Schnitman, *Nuevos paradigmas. Cultura y subjetividad*, México, Paidós, pp. 91-113.
- Foucault, Michel (2009), *Historia de la sexualidad*, vol. 1, México, Siglo XXI.
- Frazzetto, Giovanni (2014), *Cómo sentimos*, Barcelona, Anagrama.
- Luciano (2012), "Existe una especie de lagartijas hembras se reproducen sin la necesidad de los machos", *No Sabes Nada*, recuperado de: <<http://www.nosabesnada.com/naturaleza/42106/existe-una-especie-de-lagartijas-en-la-que-los-machos-se-extinguieron-y-las-hembras-se-reproducen-sin-la-necesidad-de-ellos/>>.
- Margulis, Lynn, y Dorion Sagan (1998), *¿Qué es el sexo?*, Barcelona, Tusquets.
- Osgood Goodrich, Elizabeth (1867), *Sexology as the Philosophy of Life*, Chicago, J. R. Walsh, recuperado de: <<https://archive.org/details/B20442427>>, consultada el 3 de febrero de 2017.
- Wagensberg, Jorge (2015), *El pensador intruso*, Barcelona, Tusquets.